

EL DUELO PIEL-SOL



nas y a un 92 por 100 cuando se trata de nieve cristalizada. Al día siguiente del experimento en el desierto, las cinco muchachas del test, preparado por Marta Greiter, de Viena calzadas con botas de esquiar y con un escueto bikini por toda indumentaria, hicieron deporte por las heladas y blancas laderas de Los Cedros.

Después de estas dos fases del test —desierto y nieve— las jóvenes fueron llevadas a la playa. El sol del desierto y el aire de las montañas nevadas habían dado a su pálida piel de ciudad tonos de bronceado natural. Las jóvenes fueron también al templo de Baal, en Heliópolis, la ciudad del sol, donde los antiguos naturales del país rendían culto al dios del sol.

—Hoy —comentaban los componentes de la expedición— el culto al sol es muy fácil, incluso para los que vivimos la mayor parte del año en ciudades donde apenas llega y jamás lo tomamos

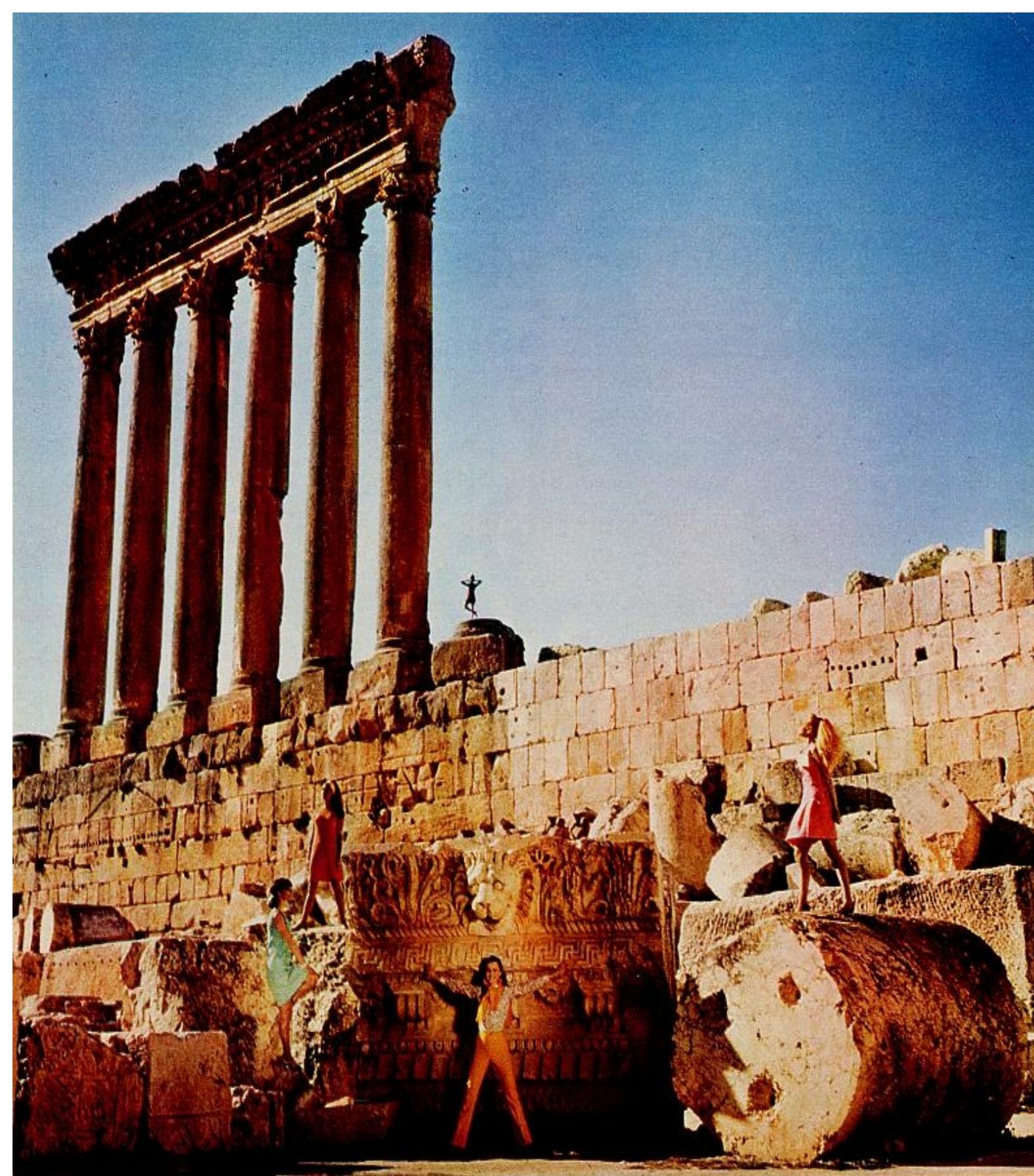
Frente al sol del desierto o el aire de las nieves, la piel puede luchar con ventaja. Todo consiste en saber proporcionarle las defensas oportunas, en no dejarla inerte e indefensa ante lo que puede ser un enemigo.

El corte, cada día más radical, que la ciudad establece entre el hombre y la naturaleza nos deja casi indefensos a la hora de enfrentarnos con el sol en toda su pureza y en toda su fuerza.

En las playas el sol llega a la piel humana sin intermediarios y, a menudo, sus efectos se dejan sentir muy pronto. Este duelo piel-sol se ha llevado mediante un ingenioso test científico a las ardientes arenas libanesas, en una zona elegida por el doctor Van Ham. En el Líbano las dos estaciones más extremas del año, invierno y verano, están separadas solamente por dos mil metros. Mientras los esquiadores acuáticos dibujan sus volutas marinas frente a las rocas de Las Palomas, otros esquiadores levantan el polvo de la nieve sobre las heladas pistas de Los Cedros. En la expedición del doctor Van Ham iban cinco jóvenes muchachas que reunían las diversas categorías de piel para dar la máxima validez al experimento.

Mientras los naturales del país, enfundados en sus amplios ropajes, marchaban por las arenas del desierto, las cinco chicas extranjeras se exponían al sol sin preocupación alguna. El sol se reflejaba en los cristales de las arenas y la reverberación daba al lugar el aspecto de una inmensa parrilla. Pero también el agua y la nieve tienen esta propiedad de reflejar los rayos solares, que llega a un 70 por 100 en las olas mari-





directamente. Todo lo que se precisa es un buen antisolar y saber un poco de matemáticas.

Porque los antisolares llevan una escala numérica, a la que se ha llegado después de multitud de tests como éste realizado en el Líbano (el año pasado se hizo uno similar en la malagueña Costa del Sol). Es el llamado factor de protección, que indica las veces en que una persona puede exponerse al sol por encima de lo que en ella es habitual. Esta numeración va del 1 al 5, siendo mayor la protección cuanto más alto es

el número. Por ejemplo, la persona que normalmente puede exponerse al sol durante una hora, si quiere aumentar su permanencia durante tres horas más debe usar un preparado con el factor 3. Naturalmente que la cosa no es tan sencilla y que intervienen más circunstancias: el tipo de piel y la intensidad del sol en la región. Por eso los antisolares llevan una gradación mucho más amplia, de tal forma que puede decirse que hay un antisolar para cada persona y una persona para cada antisolar. Basta un poco de cui-

dado al elegirlo y ya puede uno lanzarse sin temor a la aventura del sol, una aventura vedada durante tantos meses y que en bastantes ocasiones se malogra por falta de una mínima y elemental precaución: la de considerar que los mismos rayos que broncean y limpian la piel de impurezas, pueden servir también para atacar a esa piel, si no se le ha dado la protección necesaria, ese intermediario de la salud, el antisolar, que quita virulencia y domestica a los rayos solares, poniéndolos a nuestro servicio.